

I

LA PRIMERA NOCHE DE UN HUÉRFANO

Estaba acurrucada en aquella especie de cueva cuya entrada obstruían los matorrales. Era al atardecer. La luz iba siendo cada vez más opaca y á ras de tierra paseaban los murciélagos en busca de sus ocultos escondrijos. En el rostro de la pobre alienada no se leía tristeza, ni encono, ni siquiera el hambre que debía ya atormentarla. Se veía únicamente terror. Apagada casi completamente la inteligencia, sobre ella aún fulguraba el instinto.

Miraba la entrada de la cueva, formada por una hendidura de las rocas, con esa mirada vaga y recelosa del ciervo acosado. Sentada en el fondo de aquel reducido recinto, veía poco á poco azularse en el agujero de entrada el espacio. De pronto, sobre aquel jirón de luz indecisa se dibujó una negra silueta.

La loca quiso gritar y no pudo. En su garganta extinguióse la voz y comenzó á temblar.

— ¡Nila! — dijo una voz cariñosa y dulce.

Abrió Nila los ojos y no contestó.

— Nila — repitió la voz, con inflexiones aún más tiernas, — no temas nada. Soy Nicanor.

Llegaba el niño con su blusa azulada y su gorrita de seda que cubría los ensortijados y negros cabellos. En sus ojos parecía brillar una alegría extraña, pero intensa, excepcional, inocultable. Traía en las manos un cestillo y, con él, adelantóse hacia la fugitiva resueltamente.

— No vengo á hacerte daño — le dijo. — Quiero protegerte. Te traigo comida. ¿Ves? — prosiguió destapando el cestillo y mostrando en él varias provisiones. — Todos los días vendré á darte de comer y á traerte cuanto necesites. Nadie sabrá dónde te escondes y, si alguien lo averigua y te persiguen, yo te defenderé con mi propio cuerpo.

Había resolución y virilidad en la voz del niño. Nila tranquilizóse, aunque en sus ojos se veía que no comprendía bien los razonamientos de su bienhechor. Apoderóse del pan y comenzó á devorarlo con ansia.

Sentóse Nicanor á su lado, mirándola amorosamente. Luego comenzó á acariciar los revueltos cabellos de Nila y á ordenarlos con indescriptible cuidado y ternura.

Nila comía. Parecía haberlo olvidado todo: su

persecución, su terror, su peligro mismo en medio de la selva.

— Tú no has muerto á ese hombre. ¿Verdad que no? — preguntó el herrero con interés. — ¿Verdad que tú no eres mala y que no has cometido ese crimen de que se te acusa?

Movió la loca la cabeza en ademán negativo, con fuerza, candorosamente, como los niños obstinados en disculparse.

— ¡Si ya lo decía yo! — siguió el muchacho. — Ya verás cómo todo se aclara. No he de descansar hasta que se aclare. Toda mi vida pende de que tú te salves, para vivir conmigo siempre, sin que te falte nada, sin que los hombres puedan burlarse más de ti.

Le miró la infeliz con mirada vaga. Sus ojos abiertos y rasgados parecían dos negros interrogantes.

— ¿Tú no sabes quién soy? — le dijo el huérfano con voz temblorosa.

Alzó Nila los hombros en señal de ignorancia y siguió mirándole fijamente.

Entonces Nicanor, acercándose hasta el oído de la loca, murmuró en él muy bajo, con voz velada por la emoción:

— ¡Soy tu hijo!

Un sobrecogimiento de la loca. Luego dos lágrimas en sus ojos. Después una mirada vaga, ininteligente. Esto fué todo.

— ¡Dame más pan! — exclamó.

Asomaron esta vez las lágrimas á los hermosos ojos del muchacho. ¡Era su madre y no podía reconocerle! Sentía su orfandad como nunca. En aquel lazo que le unía á la perseguida, á la demente, á la abandonada por todos, él solo habría de poner el amor, la devoción, el sacrificio. Después de tantos años de soñar con encontrar una madre, no podría, al hallarla, ser para ella más que un ser extraño. Era demasiado.

Bajó la cabeza y lloró.

— ¡Madre! — clamó por fin. — Reconóceme. ¡Soy yo: el hijo que perdiste. El que está dispuesto á morir por ti!

La loca le miró con dulzura. Un momento pareció que su razón iba á rasgar sus nieblas. Aquello fué un relámpago. En seguida pareció caer en un profundo abatimiento.

— Yo he vivido trece años — dijo Nicanor — con la esperanza de encontrar á mi madre y suponéndola desgraciada siempre, no criminal. Cuando las madres abandonan — me decía — es porque se ven obligadas á ello. Constantemente tuve la idea de que un día había de encontrarla y mi preocupación única era la de que no tuviera al verme por qué avergonzarse. Empecé por perdonarla en el fondo de mi corazón para que no pudiera leer en mis ojos el reproche. Luego procuré que mi conducta fuera intachable á fin de que se enorgulle-

ciera de mí y además, no he perdonado medio de leer cuanto libro ha caído en mis manos, de ilustrarme, de estudiar en las horas en que los demás descansaban, por si mi madre al volverme á ver se avergonzaba de mi ignorancia. Todo eso lo he hecho, madre, por ti. ¿No me escuchas?

Debía escucharle la loca y aun comprender algo, porque lloraba con las manos sobre la frente y su cuerpo se estremecía en sollozos.

— Pero ahora — siguió el mísero — en pago de tanto dolor, en compensación de tanto sacrificio, te pido que me abras tus brazos, que me quieras, que no me cierres para siempre esas puertas de la felicidad y el amor, que, en medio de las mayores sombras, miré siempre abiertas. Y te pido también que me digas quién es mi padre, ya que he conseguido saber que eres mi madre por el señor Cura. Pero no he podido arrancarle una palabra más. Y esa palabra la necesito. ¿Quién es mi padre? — dime. — ¿Lo será ese Enrique?

— ¡Enrique! — gruñó la loca con tremendo encono, — ¡Enrique!... Padre no... ¡asesino!

— ¿Entonces, dónde está el padre de tu hijo? — interrogó Nicanor con agitación creciente. — ¡Dime por Dios en dónde está!

Levántose la loca; asió al niño de la mano y le llevó á la boca de la cueva. La noche era augusta y solemne. Los astros resplandecían como diamantes cernidos en el esmalte azul.

— ¡Clemente! — pronunció muy quedo; y señaló á las estrellas lejanas.

Cayó Nicanor de rodillas. No se oía el más pequeño rumor. Ni una hoja se movía en aquel escenario de grandeza.

Levantóse el niño al cabo de un rato, y tomando de la mano á Nila,

— Ven — le dijo — entremos. Estás perseguida. Todo te condena. Te matarán.

Estremecióse Nila y acurrucóse de nuevo en el fondo de la cueva.

— ¡Ampárame! — gimió temblorosa.

— ¡Sí, te ampararé — prorrumpió el niño con voz resuelta — de las fieras y de los hombres, de tus perseguidores y de ti misma! Pero ¡dime por favor que reconoces á tu hijo!

— No sé... — balbució la infeliz. — ¿No oyes cómo canta el auíllo?... Es él que me llama... Y el niño está allá abajo... en el barranco... Mira... el pájaro se lo lleva... y á mí van á matarme...

— ¡Despierta, por compasión! — gimió Nicanor.

— ¡Es el pájaro... sí... Y las nubes que negras están... parecen crespones... No sé... no sé porqué no se calla en el barranco el llanto de Miguel!

— ¡Me llamo Miguel! — dijo el herrerillo gozoso. — Pues bien: yo seré el ángel de tu guarda. ¡Madre, madre, reconóceme, soy yo Miguel, tu hijo!

— Sí... eres mi hijo... — balbució la loca con desvarío y maquinalmente. — ¡Defiéndeme para que no me maten...!

— ¡Ah, gracias, madre, gracias! — gimió el herrero.

É inclinándose sobre el regazo de Nila, apoyó la frente ardorosa sobre su pecho. Ella le sujetó entre sus brazos sin darse de ello cuenta y comenzó á acariciar su cabeza, salmodiando una canción monótona y extraña. El fulgor de la luna comenzó, formando un polígono luminoso, á invadir la cueva y, con los ojos bañados en lágrimas, al compás de aquel canto y aquel mecimiento, empezó Nicanor fatigado á dormirse, como cuando era pequeñito...

■■■■■■■■■■

II

CAMINO DE LA FUENTE

— ¡Pepito! ¡Pepito! Sí; á otra puerta. ¡Pepitoooo!

— ¿Qué quiere usted, madre?

— ¿Estás sordo ó qué?

— Estaba viendo si habían puesto las gallinas.

— Estabas corriendo tras del gallo. Si bajo, voy á romperte tres costillas.

— Eche usted costillas.

— ¿Te burlas? Ya verás si bajo, gran bribón. ¿Qué hora es?

— Han dado las ocho.

— ¿Y no ha venido *Tanor*?

— No señora, no ha venido.

Retiróse Catalina de la ventana y se dirigió hacia una alcoba murmurando:

— Al último saldremos con que Nicanor es un pillo. ¡Cuatro noches sin venir á dormir á casa!

¿Dónde se meterá el muchacho ese? ¡Válgame Dios! ¡Y luego hay quien desea tener chicos!...

El dormitorio estaba separado de la habitación principal por una cortina encarnada. El sol daba en ella de lleno, de modo que la alcoba parecía un cuadro sideral alumbrado por un satélite de Saturno.

Y ¡qué cuadro! Encima de dos camas gemelas saltaban en camisa Luis y Felipe, lanzándose las almohadas uno á otro como con catapultas; las sábanas y colchas colgaban en revuelto desorden, y en el suelo, sobre un montón de ropa blanca, andaba Benita á cuatro pies.

— ¡Condenados! — gritó Catalina furiosa. — ¡Os voy á sacar á tiras el pellejo! Pero, Señor, ¿habrá mujer más desgraciada en el mundo?

Estaba acongojada de veras. Levantó el borde del delantal y se cubrió los ojos. No era posible vivir con aquellos demonios; le quitaban la vida; ¡qué sé yo cuántas cosas más! Luego siguió en silencio haciendo pucheros.

Luis y Felipe bajaron de sus respectivos baútes, callandito y, luego, descalzos y con su camisita por todo abrigo, cruzaron muy serios la sala y fueron á sentarse cada uno en un rincón, en dos sillas de paja, poniendo unas caras muy compungidas, como si nunca hubieran roto media fuente honda.

Benita se puso en pie; miró á su madre y, ade-

lantándose hacia ella, la cogió con las dos manecitas de la falda y le dijo con su lengua de trapo:

— No lores, Titina.

El tirano soltó su cetro. Catalina desarrugó el entrecejo, y en un transporte de alegría, cogió á Benita, la levantó en alto y la dijo á gritos, interrumpidos por besos furibundos:

— ¡Ven acá, corazón de tu madre, que vales tú más que la corona de la *Morena*!

La *morena* era la Virgen de Torreparada. Todas las madres tratan con confianza á la Virgen. Están familiarizadas con el dolor.

Entró Juan, con aire sombrío.

— ¿No ha venido Nicanor, verdad? — preguntó pensativo.

— No hombre, no; no ha venido. Habrá tenido calor y se habrá marchado á dormir á las eras.

— ¿Y por qué no lo ha dicho? — insistió incomodado el herrero.

— ¿Y yo qué sé? ¿tampoco vas á dejar al chico que tome el fresco una noche? ¿No trabaja de día como un perro? ¿No te obedece en todo sin chistar? Pues entonces...

— No — saltó el marido de Catalina, — ¡si todavía va á tener razón en no venir por la noche á casa! Acabaré por echarle al arroyo.

— ¡Pues no eres poco fiera! Ya será algo menós. ¿Has estado en la granja?

— De allí vengo.

— ¿Cómo está don Enrique?

— Mucho mejor. Dice el médico de Hontanera que, si no hay una recaída, podrá estar curado antes de un mes. Doña Octavia me ha dicho que no dejes de enviar esta tarde á Benita.

— ¡Recontra! — saltó Catalina. — Eso ya es una pesadez. Esa señora no va á dejarme en paz á la chica.

— ¡Madre! — gritó desde el corral Felipe. — ¡Aquí está Nicanor!

— Que me espere en la fragua — contestó asomándose á la ventana el herrero, y salió de la habitación gruñendo entre dientes: — Ahora verás cómo te doy yo á ti la trasnochada.

Detrás salió la señora Catalina llevando á Benita de la mano. Una vez en el portalón, dejó á la niña, la dió un beso y tomando una vasija de la cantarera, dijo con tono cariñoso:

— ¡Ea! Yo me marcho á por agua á la fuente de la Hondonada. A ver si sois buenos.

Echó á andar, ágil, contenta, con su saya sujeta al costado y con paso menudo y ligero. Más que una mujer fatigada de las faenas domésticas y de los cuidados agridulces que procuran los hijos, parecía una Rebeca gentil.

Cruzó la plaza, saludó al pasar al tío *Todo*, sentado á la puerta de su bazar, y entró por un callejón en dirección al campo.

La fuente de la Hondonada estaba lejos. Había

que cruzar por las eras, tomar un sendero entre cebadales, bajar una cuesta muy pendiente, é internarse después por entre un matorral espeso, pasado el cual estaba la fuente en un gran declive del terreno.

Catalina iba alegre y cantando:

— No hay ruido tan alegre  
por las mañanas,  
como el repiqueteo  
de las campanas.

En menos de un cuarto de hora llegó al matorral. Sujetó bien el cántaro á la cadera y comenzó el descenso á la fuente por el camino pedregoso.

A pesar de ser las nueve de la mañana, el paisaje estaba solitario. Pero, ¿qué podía temer Catalina? Así, satisfecha y contenta, siguió cantando:

— Anda, y si á la fragua viene  
á machacar el acero,  
dile que en mi pecho tiene  
el fuego más verdadero.

Agitáronse entonces las ramas y un hombre salió al camino con ademán resuelto.

— ¡Catalina! — dijo.

Era el señor Damián, el tertuliano del tío *Todo*, el Alcalde de Torreperda.

— Buenos días — contestó Catalina secamente, y quiso continuar su camino.

Pero el señor Damián tenía sin duda el propósito de hablar despacio con la mujer de Juanillo, porque se interpuso y replicó con tesón insistente:

— No. No te dejes pasar sin que me escuches. Tengo que hablar contigo de cosas muy interesantes.

— Mire usted, señor Alcalde — dijo amostazada Catalina. — Van ya muchos días que sale usted á mi encuentro y siempre con la misma cantinela. Yo no tengo que hablar con usted, si no es delante de mi marido.

— Pues hoy tienes que escucharme — insistió el Alcalde, en cuyos ojos brillaba un fuego extraño.

Miró Catalina en derredor suyo; estaba sola, y comprendió que no era prudente provocar y exaltar á su enemigo en aquellos parajes.

— Bueno; hable usted — dijo, dejando el cántaro en el suelo. — Pero diga pronto cuanto le ocurra, porque hago falta en casa.

— Catalina, te he dicho una y mil veces que no puedo vivir sin ti.

— ¡Ta, ta, ta! — saltó Catalina. — ¿No le he dicho yo á usted otras tantas que me deje en paz? Usted es viudo con hijos, pero yo soy casada. Cada oveja con su pareja.

— ¿Y qué culpa tengo yo de quererte? Eres ca-

sada; ya lo sé. Pero muchas lo están también y quieren á otro hombre que no es su marido.

La madre de Benita miró al señor Damián y contestó con tranquilidad absoluta:

— No tendrán hijos.

— O sí los tendrán — balbució el enamorado.

— De todo hay en el mundo.

— Entonces, hay que compadecerlas — interrumpió la herrera, recogiendo del suelo su cántaro. Y luego, con voz firme y entera, dijo, separando al impertinente que la estorbaba: — ¡Vaya! ¡quítese usted de delante!

Siguió camino de la fuente y el Alcalde echó á andar detrás cabizbajo y mohino. Meditaba sin duda algún plan. Una vez en el manantial, la mujer de Juanillo comenzó á llenar la vasija mientras el Alcalde, á diez pasos de distancia, se recostaba en un montículo cubierto de césped.

Catalina volvió á su canto.

— Dicen que el agua corriente  
y la honra de la mujer,  
cuanto más baja es la fuente  
más pura tiene que ser.

El cántaro rebotó por fin y Catalina, sin hacer el menor caso del verde galán, tapó la vasija, colocóse la gallardamente sobre la cadera y emprendió la caminata de regreso.

Pronto el Alcalde estuvo á su lado.

— Óyeme bien — le dijo. — De una manera ú otra, yo me he de salir con la mía. Si no quieres por buenas, tendrás que querer por malas.

— ¿Yo? — dijo Catalina, y soltó una carcajada franca y jovial.

— Sí, tú. Ya sabes que puedo hacer daño á tu marido.

— Mi marido se ríe del daño que usted pueda hacerle. Tiene su conciencia tranquila.

— Catalina, no apures mi paciencia.

Estaban cerca de las eras. El señor Damián estaba loco, fuera de sí. Acercóse á la mujer del herrero y la cogió de la cintura.

Pero, en el acto, un bofetón vigoroso fué el castigo impuesto á su atrevimiento.

La madre de Benita tenía la mano pesada. El Alcalde dió dos pasos atrás con la mejilla echando lumbré.

— ¡A mí! — gritó lleno de rabia.

Preparábase sin duda á tomar venganza de aquel agravio, cuando en el recodo del camino apareció Benita.

Benita que, al verse sola en el portalón, había decidido buscar á su madre.

— *Titina* — dijo con su lengua de trapo — *¿Pó té no venes?*

Catalina dejó el cántaro, corrió hacia la pequeña y la cubrió sus mejillas de besos.

El Alcalde quedó confuso y sin saber qué hacer. La chiquilla llegaba oportunamente á salvar á su madre de un riesgo seguro.

Afianzó de nuevo la herrera en la cintura el cántaro, y dijo al Alcalde:

— Señor Damián, coja usted de la mano á la niña para que no se caiga.

Luego echó á andar gallardamente cantando:

— La mujer que tiene hijos,  
no teme á nadie.  
A ella la guarda el cielo  
y á ellos su madre.

■■■■■■■■■■